

POR QUE IMPORTA EL CONTINENTE AMERICANO?

Thomas Shannon, Secretario Adjunto para Asuntos del Hemisferio Occidental
Ottawa, Canadá, 14 de Septiembre 2006

DR. SHANNON: Buenas noches. Gracias a todos, muchas gracias por esta oportunidad. Gracias, Bill. Gracias, Michael. Señor, gracias; señora, muchas gracias.

Gracias a todos ustedes, felicitaciones a todos ustedes que van a ser académicos. A quienes están aquí por su interés en Norteamérica y el continente americano, muchas gracias. Es algo que tenemos en común; es una pasión que compartimos.

Creo que hoy es un momento apropiado para hablar un poco sobre Norteamérica, pero también más ampliamente sobre el hemisferio. Si me conceden unos momentos, es lo que quisiera hacer.

Como Bill lo mencionó, tener al secretario en Halifax y luego en Stellarton y Pictou nos dio la oportunidad de venir a Canadá el 11 de septiembre y expresar nuestra gratitud y aprecio por la hospitalidad y compasión que les brindaron a tantos viajeros, muchos de ellos estadounidenses, durante el 11 de septiembre y los días posteriores, mientras intentábamos comprender exactamente lo que nos estaba ocurriendo y reabrir nuestro espacio aéreo y traer a la gente a Estados Unidos.

Fue especialmente importante, creo, desde el punto de vista estadounidense, ya que se estaban llevando a cabo tantos eventos conmemorativos en Estados Unidos, tener la oportunidad de salir de Estados Unidos y realizar un evento conmemorativo aquí, un evento conmemorativo que no se centre en la muerte y destrucción de los ataques terroristas, sino centrado en la respuesta humana y la apertura de la respuesta de Canadá.

Una de las cosas que me impresionó en la ceremonia de Halifax fue la decisión de traer a la gente que estaba trabajando en el aeropuerto ese día y que acogió a pasajeros en su hogar, y también la decisión de hacer que varios de ellos tuvieran la palabra.

No estoy seguro a cuántos vieron ustedes, sé que lo pasaron por televisión, pero en la ceremonia había un señor que, ese día de los ataques, era el administrador encargado y que recibió la llamada en el Aeropuerto de Halifax, que básicamente le decía que estaban en camino entre 40 y 60 aviones en los siguientes 30 minutos y que todos iban a aterrizar en las próximas horas, lo que equivalía a hacer el trabajo de todo un día en un periodo corto de tiempo. También habló una maestra de escuela sobre la experiencia de recibir noticias del director de que iban a tener a 300 personas, ¿saben?, durmiendo en la escuela y que todos los maestros debían empezar a preparar la escuela con ese propósito.

Para mí, al menos, eso me hizo ver el rostro auténtico, muy genuino y muy directo, de la respuesta del 11 de septiembre. Fue muy conmovedor. Creo que destacó la profundidad de la conexión humana entre Estados Unidos y Canadá. Quisiera volver a enfatizar nuestro agradecimiento, nuestra gratitud, por la respuesta canadiense del 11 de septiembre.

Después de la ceremonia en Halifax y después de los viajes a Pictou y Stellarton, de los que mucho se ha escrito y comentado en la prensa, también tuve la oportunidad de ir a Banff donde ayer y hoy, efectivamente, tuvo lugar la segunda sesión del Foro Norteamericano entre Canadá, Estados Unidos y México.

Para los que no están familiarizados con el Foro Norteamericano, se originó como estructura paralela de la alianza para la seguridad y prosperidad de Norteamérica. Originalmente fue un esfuerzo para reunir a pensadores, líderes del sector privado, profesores y rectores universitarios, y líderes de ONG, con funcionarios gubernamentales de los tres países de Norteamérica y empezar a hablar sobre seguridad norteamericana y empezar a ver si había alguna manera de que los gobiernos, trabajando conjuntamente con el sector privado, las universidades y ONG, pudieran empezar a crear una visión para Norteamérica y el concepto de Norteamérica como una entidad, y luego cómo los gobiernos podían trabajar juntos para formular una cooperación más productiva y solucionar el tipo de problemas que vimos como resultado inmediato del 11 de septiembre.

Hay tres coordinadores o co-coordinadores de delegación en este foro. Por Estados Unidos está el ex secretario de Estado Schultz, por México está el ex ministro de Economía Pedro Aspe y por Canadá está el ex primer ministro de Alberta, Peter Lougheed. La primera sesión se llevó a cabo el año pasado en Sonoma. Este año está teniendo lugar en Banff. El próximo año tendrá lugar en México.

Me pareció particularmente apropiado que los eventos en Halifax precedieran el congreso en Banff, porque conectó los trágicos sucesos del 11 de septiembre con el resultado de ellos, que considero es un examen real de lo que es Norteamérica y un esfuerzo para comprender cómo, a pesar de nuestras diferencias en identidad y nuestras diferencias en soberanía nacional, Canadá, Estados Unidos y México comparten efectivamente un espacio común, comparten efectivamente un mercado común y están cada vez más ligados demográfica y culturalmente, y cómo, sólo si comprendemos esto y encontramos maneras de reforzar ese grado de conexión, vamos a seguir siendo competitivos en el mundo, y también vamos a estar en la posición de proteger nuestras sociedades abiertas de amenazas que van a continuar. Por esa razón, consideré importante estar presente hoy.

Stephen Krasner iba a ser el orador. Se disculpa encarecidamente por no poder venir hoy. No puedo compararme con Stephen. Él es un académico brillante y como director de estudios de estrategia política tiene un papel muy, muy importante en el Departamento de Estado y, junto con el secretario, en el diseño de nuestra estrategia más amplia, nuestra estrategia diplomática más amplia en el mundo. Pero me complace estar aquí para reemplazarlo porque considero que éste es un momento muy prometedor en el hemisferio. Creo que hay muchas oportunidades a nuestra disposición. Es posible que esto no sea evidente de inmediato si leen los periódicos o ven los programas y análisis en la televisión, pero soy de la opinión de que éste es el hemisferio que ha logrado increíbles avances y progreso en las últimas décadas y que está en la posición perfecta para hacer cosas estupendas, y que Norteamérica va a ser una parte importante de ello.

Si no les importa, lo que creo que quisiera hacer es empezar por hablar de lo que considero es la cuestión central en el hemisferio, de por qué es importante para el resto del mundo hablar de cómo el hemisferio busca crear un plan, un plan común, entre las naciones democráticas, de cómo

Estados Unidos está participando en ella y, finalmente, de cómo Norteamérica se relaciona con esto.

Escogí el título “Por qué importa el continente americano” simplemente porque las noticias frecuentemente se centran tanto en lo que ocurre en Iraq o Afganistán, o la más amplia guerra contra el terrorismo, que a veces nos olvidamos de que vivimos en un hemisferio que es democrático, un hemisferio comprometido con el libre mercado, comprometido con la integración económica y comprometido con el desarrollo de la capacidad individual necesaria para aprovechar las oportunidades económicas que se presentan por medio del tipo de crecimiento económico que hemos sido capaces de lograr en la región más extensamente.

Desde mi punto de vista, de muchas maneras, el hemisferio ya ha pasado por lo que llamaríamos la primera generación de desafíos transformativos al comprometerse con la democracia, al comprometerse con los derechos humanos fundamentales y al crear consenso –no importa cuán cuestionado sea, pero sigue siendo consenso– alrededor de un modelo económico y un enfoque para el crecimiento económico.

Lo que realmente estamos viendo ahora en este hemisferio es un problema de segunda generación, cuestiones de transformación gubernamental y social de segunda generación. En el hemisferio occidental, se trata de cómo conectar la democracia con el desarrollo. Se trata de cómo demostrar que la democracia no es una forma conservadora de gobierno concebida para proteger los privilegios de las élites, sino realmente una forma revolucionaria de gobierno concebida para la apertura de la sociedad. Está concebida para crear oportunidades no sólo de participación política, sino de participación económica y social, y que cuando pensamos en democracia debemos pensar en términos más amplios y no sólo en mecanismos de votación o la maquinaria electoral. Debemos pensar en ella en términos de un estado democrático, no sólo un gobierno democrático, sino un estado democrático, y todo lo que eso significa para la ciudadanía política, para la ciudadanía económica y la ciudadanía social.

En una región que se ha vuelto democrática, que se ha comprometido con cierto modelo económico, obviamente enfrentamos grandes problemas, grandes problemas sociales relacionados con la pobreza, relacionados con la desigualdad y exclusión, exclusión tanto política como social. Un aspecto notable de los últimos años es cómo la región ha intentado lidiar con esto.

Me gustaría empezar por llevarlos a la Ciudad de Québec, en abril de 2001, cuando la Cumbre de las Américas se reunió en circunstancias difíciles y beligerantes, si se acuerdan. A pesar de que la Ciudad de Québec tiene la fama de ser una fortaleza, lo era mucho más ese día. Recordarán que tuvo lugar después de Seattle y Génova, y en un periodo de un tipo de manifestaciones antiglobalización bastante dramáticas e intensas. La Cumbre de las Américas parecía ser la oportunidad perfecta para que estas fuerzas aparecieran en las calles de la Ciudad de Québec para tratar de imponerse e interrumpir la Cumbre de las Américas, la cual muchos asumían que iba a repetir, de algún modo, el mensaje de globalización.

La ironía, por supuesto, era que mientras los manifestantes expresaban afuera su preocupación por lo que pasaba adentro, lo que ocurría adentro era algo verdaderamente extraordinario, en el sentido de que los líderes democráticos que participaban en el evento, por primera vez,

comprometieron al hemisferio occidental a la democracia. En la cláusula democrática de la declaración de los líderes, los 34 estadistas democráticos dijeron que para participar en el proceso de la Cumbre de las Américas, los países debían ser democráticos y que los países que, por cualquier razón, experimentarían una ruptura constitucional, serían examinados por los líderes para determinar si ese país era o no merecedor de seguir participando en el proceso de la Cumbre de las Américas.

Lo asombroso de ello era que el proceso de la Cumbre de las Américas no es sólo una reunión de líderes cada cuatro años. Es una serie de reuniones ministeriales, de conversaciones comerciales, es toda una estructura de comunicación en el hemisferio. Hacer que los países sean democráticos como requisito para participar fue un paso extraordinario en el hemisferio.

Igual de importante fue que los líderes dieron instrucciones a los ministros de relaciones exteriores para que negocien una carta democrática interamericana sin decirles lo que debía ser la esencia de la carta. Las instrucciones eran que negociaran esa carta y que tomaran la cláusula democrática que los líderes habían acordado en el proceso de la cumbre y que la incorporaran dentro del sistema interamericano, en la Organización de Estados Americanos, en el Banco Interamericano de Desarrollo y en todos los otros comités y comisiones que forman el sistema interamericano. Obviamente, era una orden importante, pero se hizo de manera expeditiva.

Las otras cosas asombrosas que resultaron de la Cumbre de la Ciudad de Québec fue un amplio compromiso con el libre mercado y la integración económica por medio del establecimiento de un calendario de libre comercio en todo el continente americano. Ahora, todos sabemos que ese calendario no se ha cumplido. Todos lo sabemos, especialmente con la suspensión de las conversaciones de Doha y la imposibilidad de llegar a un acuerdo en cuestiones agrícolas, nuestra capacidad para lograr el libre comercio en todo el continente americano se ha visto limitada, pero lo que era importante entonces y sigue siéndolo es que hubo un compromiso con el libre comercio y un reconocimiento de que es por medio de la integración económica que los gobiernos democráticos tienen los medios para desbaratar élites económicas y oligarquías, y buscar nuevas maneras para que la prosperidad, cuando llegue, no sólo beneficie a unos pocos sino a la sociedad entera.

Por eso, al comprometerse con el libre comercio y la integración económica, los líderes también se comprometieron a invertir en el pueblo. Voy a elaborar más este punto en un minuto, pero lo importante de este compromiso de invertir en el pueblo fue que significaba el reconocimiento, que sería manifestado de modo más extenso el año siguiente, en 2002, en la conferencia de Naciones Unidas sobre desarrollo financiero en Monterrey, México, de un nuevo paradigma de desarrollo que reconoce que los países deben ser responsables de su política nacional de desarrollo, y que los países que pueden ser países donantes necesitan conectarse, de alguna manera, a un proceso político para que su contribución se conecte a un proceso político que cree la infraestructura nacional que permita que los países aprovechen las oportunidades económicas creadas por medio del intercambio comercial, y que también cree capacidad individual por medio de educación, cuidado médico y seguridad personal para que los ciudadanos de todos los países puedan aprovechar las oportunidades económicas a medida que se presenten.

El otro asunto que resultó de Québec que considero importante fue el compromiso para crear un nuevo plan de seguridad para el hemisferio. Durante muchísimo tiempo, nuestro plan de seguridad

ha estado definido por el Tratado de Río y por medidas para aumentar la confianza entre los países, bajo la premisa de que la vulnerabilidad o amenaza esencial en el hemisferio era la violencia de país a país.

Los líderes dieron instrucciones a los ministros de relaciones exteriores para que volvieran a examinar su plan de seguridad y lo ajustaran a una realidad en la que las verdaderas amenazas para los países no son otros países en un hemisferio que se ha comprometido con la democracia, sino más bien las amenazas son el terrorismo, el narcotráfico, las catástrofes naturales, los desastres ambientales y las pandemias, y al hacerlo crearon la oportunidad para un diálogo nuevo, único y fresco entre los países sobre el tema de la seguridad. En realidad hizo que gran parte de ese diálogo pasara de los ministerios de defensa a las agencias de la ley y las agencias de inteligencia, a las agencias de respuesta a crisis y emergencias, y también a las agencias de salud, particularmente aquéllas que lidian con pandemias. Considero que esto fue un paso importante hacia crear nuevamente cierto tipo de tejido conectivo dentro del hemisferio que permitiera la conversación y un nivel de cooperación que nunca antes había existido.

Cuando hacemos una retrospectiva sobre la cumbre, creo que vemos lo siguiente: número uno, la creación de un consenso en torno a valores políticos y en torno a modelos económicos, pero también instrucciones claras a los gobiernos para comenzar a desarrollar los mecanismos y el plan de acción o la agenda necesaria para hacer que dichos compromisos pasen a ser realidad. Los gobiernos han respondido, las burocracias han respondido, por medio de la Carta Democrática Interamericana. La OEA pudo tomar la cláusula democrática de la Cumbre de Québec e incorporarla al sistema interamericano, pero pudo hacerlo de tal manera que realmente vale la pena tomarse uno o dos minutos para comprender lo que es la carta interamericana, la carta democrática.

No sé cuántos de ustedes han tenido una oportunidad de examinarla en detalle. El primer artículo de esa carta, la primera cláusula del primer artículo, dice que la democracia es un derecho de todos los pueblos del continente americano y que sus gobiernos tienen la obligación de promoverla y defenderla; en otras palabras, la democracia es un derecho.

Bueno, ésta es una declaración radical. Usualmente, si se habla con las personas que estudian estos asuntos, su posición es que la democracia es un tipo de gobierno que está compuesto o formado por derechos fundamentales como la libertad de asociación, libertad de expresión, libertad de credo, pero que estas libertades son los derechos fundamentales, no el tipo de gobierno. Pero los ministros de relaciones exteriores estaban planteando lo contrario –no lo contrario– estaban planteando que, aunque algunos de sus componentes son las libertades, la democracia en sí es un derecho. Ésta es una afirmación única. Es una afirmación única para el continente americano. Creo que es una afirmación única en el mundo.

Además de eso, declaró que los gobiernos tienen la obligación de promover y defender la democracia, por lo que crea no sólo un derecho para las personas y pueblos, sino una obligación para los gobiernos.

La segunda cláusula del primer artículo dice que la democracia es esencial para el desarrollo político, social y económico del continente americano. Esta declaración es tan radical como la primera porque lo que propone es que para que el desarrollo sea real, tiene que ser democrático.

Lo que los ministros de relaciones exteriores estaban tratando de expresar aquí era la convicción de que este hemisferio necesitaba formular un nuevo concepto de desarrollo y un nuevo modelo para el desarrollo, y no un modelo capitalista, socialista o comunista, sino un modelo democrático.

Creo que esto ha subrayado que el asunto esencial que enfrentamos en este hemisferio en este momento es este vínculo entre la democracia y el desarrollo y la capacidad de mostrar que la democracia puede producir resultados, que al fin y al cabo, como mencioné anteriormente, la democracia no es un tipo conservador de gobierno, que de hecho, tiene el potencial de ser un tipo muy revolucionario de gobierno, un tipo revolucionario de gobierno que protege los derechos y libertades individuales, pero a la vez le da al pueblo voz y voto sobre su destino nacional y le reconoce una ciudadanía global y que, más importante aún, va más allá del gobierno democrático, y da el paso hacia el reconocimiento de que vivimos en países democráticos y que como miembros de países democráticos, nuestro gobierno tiene la responsabilidad de proporcionar beneficios y servicios, y también tenemos la responsabilidad de participar en nuestra sociedad y operar en nuestra sociedad como agentes democráticos.

De cierta manera, los desafíos que enfrentamos ahora en el hemisferio son producto del consenso que se estableció en Québec y luego el acuerdo al que se llegó por medio de la Carta Democrática Interamericana. Otro punto que es muy importante destacar aquí, la Carta Democrática Interamericana fue aprobada el 11 de septiembre de 2001 en Lima, Perú.

De hecho, yo estuve en Lima, Perú con el secretario Powell y fue durante un desayuno con el Presidente Toledo que se le informó al secretario Powell de los ataques contra el World Trade Center y luego en el Pentágono. Fue mientras viajaba él del palacio presidencial a la sede de la Asamblea Extraordinaria de la OEA en la que se estaba considerando la carta democrática que se le informó de la existencia de un cuarto avión y que nadie sabía de su paradero.

Tomó la decisión en Lima de no regresar inmediatamente a Washington. Tomó la decisión de permanecer allí y ver que se aprobara la Carta Democrática Interamericana. En el discurso que pronunció, un discurso improvisado que pronunció ante la Asamblea General Extraordinaria, les dijo a los ministros de relaciones exteriores allí congregados que aprobar la Carta Democrática Interamericana era la respuesta más apropiada que el continente americano podía dar ante este acto terrorista porque, a fin de cuentas, el acto terrorista no estaba dirigido contra Estados Unidos, sino que estaba dirigido contra las sociedades abiertas. Estaba dirigido contra las democracias. Estaba dirigido contra los países que basaban su sistema político en los derechos y libertades individuales.

Obviamente, la Carta Democrática Interamericana fue aprobada por aclamación en Lima. Para aquéllos de nosotros que habíamos estado trabajando en ella por un tiempo, fue un momento de emociones encontradas, de alegría porque obviamente la promesa de la Cumbre de Québec se había hecho realidad en un acuerdo importante, y de pesar porque nuestro país estaba siendo atacado y sabíamos lo que esto significaría para nosotros en años futuros.

Es importante el hecho de que el 11 de septiembre de cierto modo vincula el terrorismo con la democracia de manera tan dramática, y el hecho que la carta en sí vincula la democracia y el desarrollo también es de vital importancia. Una de las cosas que tratamos de hacer, que el gobierno de Estados Unidos ha tratado de hacer al formular su política en la región y al considerar

cómo usar sus recursos, es asegurar que nuestra política sea paralela a la estructura o el consenso al que se llegó en Québec, ya sea un compromiso con la consolidación de las instituciones democráticas, ya sea promoviendo oportunidades económicas y prosperidad, ya sea invirtiendo en la gente o ya sea trabajando para proteger el estado democrático de agentes que no son parte de él. En otras palabras, nuestra política, y quizá esto sorprenda a algunos de ustedes, realmente se concibió dentro del proceso de la cumbre. Su estructura refleja el proceso de la cumbre, y al tratar de ponerla en práctica, tratamos de hacerlo de manera paralela a ese proceso y paralela a las prioridades designadas en ese proceso. Considero que hemos hecho una labor bastante buena al respecto, y les mencionaré unas cuantas cifras sólo para darles una idea.

Por ejemplo, el gobierno del Presidente Bush ha aumentado al doble la ayuda exterior directa a América Latina y el Caribe. Cuando el Presidente Bush asumió el mando, Estados Unidos estaba gastando aproximadamente \$800 millones al año en ayuda exterior directa a la región. Ésta es ahora de aproximadamente \$1,600 millones. Ha sido de \$1,600 millones durante los últimos cinco años. Es más, si se considera la cantidad total de dinero que el gobierno anterior gastó en la región, fueron casi \$7,000 millones. El gobierno del Presidente Bush alcanzó esa cifra en aproximadamente cuatro años, por lo que desde entonces, todo lo demás ha sido, de cierto modo, extra.

Lo que también es importante es que este dinero ha estado concentrado en campos específicos. El elemento de desarrollo en la ecuación se ha mejorado. Se ha incorporado un importante componente de desarrollo alternativo en las actividades para combatir el narcotráfico, especialmente en los Andes, y también se ha destinado mucho dinero a Haití para ayudar a que Haití supere un momento político muy difícil y mostrar que es posible reconstruir una democracia. Un gobierno democrático, con la ayuda de la ONU y países como Canadá, puede reconstruir un estado democrático.

El gobierno del Presidente Bush aumentó en 40 por ciento los fondos para el Peace Corps y colocó aproximadamente mil nuevos voluntarios del Peace Corps en la región y en países como México, que históricamente no habían tenido voluntarios del Peace Corps.

El gobierno del Presidente Bush creó la Corporación del Desafío del Milenio (Millennium Challenge Corporation) y la Cuenta del Desafío del Milenio (Millennium Challenge Accounts), que fueron concebidas para aplicar los principios desarrollados en la reunión de la ONU en Monterrey sobre financiamiento del desarrollo, vinculando la política de los países en desarrollo a la asistencia de donantes, y proporcionando dinero nuevo y fondos nuevos para promover gobiernos que tomen el tipo correcto de decisiones, el tipo correcto de decisiones políticas para combatir la corrupción, mejorar la educación, mejorar la atención de salud y crear un entorno en que la gente pueda desarrollar la capacidad individual. Hasta este momento el gobierno ha suministrado unos \$500 millones a la región, en fondos nuevos, por medio de la Cuenta del Desafío del Milenio y proporcionará dinero adicional si logramos negociar pactos con Bolivia y con Guyana.

Además, por medio de nuestros programas, contra el VIH/sida tanto bilateralmente como por medio de fondos internacionales, estamos por invertir \$500 millones adicionales en la región.

Luego, por medio del comercio y programas de acceso preferencial, consideramos que hemos reconfigurado considerablemente la dinámica económica en la región y hemos comenzado a

fomentar una serie de revoluciones microeconómicas en países específicos donde tenemos acuerdos de libre comercio que tienen como meta: acabar con estructuras económicas obsoletas y maneras arcaicas de operar; abrir espacio en el mercado y crear un entorno donde puedan surgir nuevas empresas y en el que pequeñas y medianas empresas tengan posibilidades, y crear economías que saquen a la gente del sector informal y la incorporen al sector formal donde no sólo pagan impuestos, sino que también están amparadas por la ley laboral y el régimen de seguridad social.

En la actualidad, aproximadamente de 85 a 90 por ciento de todos los bienes que provienen de América Latina y el Caribe entran a los Estados Unidos libres de impuestos, ya sea por medio del sistema generalizado de preferencias (GSP por sus siglas en inglés), por medio de nuestra Iniciativa para la Cuenca del Caribe (Caribbean Basin Initiative), por medio del Régimen de Preferencias Comerciales para los Países Andinos (Andean Trade Preference) y la Ley para la Erradicación de Drogas (Drug Eradication Act) o por medio de nuestros tratados de libre comercio. En este momento, nuestros tratados de libre comercio abarcan aproximadamente dos tercios de todo el PIB del hemisferio.

Opinamos que este tipo de respuesta a la región, que este tipo de cooperación con la región ha sido positivo. Dejaré que los canadienses hablen de su propia experiencia, pero sé que la cooperación con Canadá ha sido igualmente buena. Esto es importante porque realmente está cambiando la dinámica en la región y está cambiando la manera en que la gente vislumbra su futuro y la manera en que percibe su interacción con otros países. Es por esto que somos de la opinión que tenemos que –y enfatizaré "tenemos"– tenemos que mantener una estrategia hemisférica en nuestra política.

Tenemos que mantener una estrategia panamericana en nuestra política porque sin eso, Sudamérica en particular, regiones de Sudamérica, realmente corren el riesgo de convertirse en Plutón, de flotar, de cierto modo, hacia el extremo del universo y de que a fin de cuentas se declare que no es un planeta. No lo digo del todo en broma porque Sudamérica en particular tiene una tendencia al provincialismo. Tiene una tendencia a encerrarse en sí misma. Incluso con toda la actividad que países como Brasil y otros están realizando para tratar de abrir la región y el grado en que los chilenos han estado tratando muy enérgicamente de entablar contacto, hay... no sé bien cómo describirlo o expresarlo, pero históricamente ha habido una tendencia a mirar hacia adentro, de no verse necesariamente como parte de un proyecto hemisférico más amplio. Tenemos que hacer todo lo posible para impedir que eso suceda, impedir que ocurra esa ruptura.

En realidad, éste es un momento en que puedo hablar un poco sobre los desafíos que enfrentamos en la región y especialmente los desafíos al consenso que logramos por medio del proceso de la Cumbre de Québec y luego por medio de todas las demás cumbres posteriores a ella.

Obviamente, uno de los desafíos más elocuentes y visibles de este consenso es Hugo Chávez en Venezuela. El mensaje de Chávez tiene acogida en algunas partes de América Latina, especialmente en los extremos de la sociedad política. Lo hemos visto expresarse y manifestarse de varias maneras, una de las más dramáticas en la Cumbre de Mar del Plata, cuando se llevó a cabo una cumbre del pueblo, una contra cumbre, en un esfuerzo por atacar nuevamente el plan de

libre comercio para toda la región, propuesto no sólo por Estados Unidos sino por la región, pero también en un esfuerzo por responder, dar una respuesta negativa al impacto de la globalización.

Este desafío es realmente un desafío de conceptos. Es un desafío de ideas. Debemos comprenderlo como tal y responder como tal. En otras palabras, realmente no deberíamos verlo como una amenaza política. Debemos verlo como un desafío para que mejoremos nuestra capacidad de comunicar nuestro mensaje, pero más importante aún, de mejorar nuestra capacidad de producir resultados.

Lo que quiero decir con esto es que, de cierta manera, lo que vemos en esta visión opositora es algo que hemos visto y escuchado antes. Este concepto se basa en una política personalista. Tiene muchos matices autoritarios y considera que la democracia es un medio para canalizar el conflicto de clases. Ve la democracia como una manera de escoger líderes, pero no como un método de gobierno. El método de gobierno tiene como meta tratar de hacerles frente a los problemas del conflicto de clases y división de clases por medio de un gobierno electo, pero actuando de manera autoritaria y volviendo a concentrar recursos en el estado, en el sector público, rechazando la integración económica bajo la premisa de que la integración económica en realidad degrada y erosiona el poder del estado y que el estado es necesario para abordar los problemas sociales subyacentes que enfrentan los países de Sudamérica, en particular.

Desde nuestro punto de vista, por lo menos, esto no es algo nuevo. Ya hemos escuchado estos argumentos. Sabemos cuál es el resultado: instituciones que no funcionan, el fracaso de la economía, la asfixia de la sociedad civil. Éste es un mensaje que tiene acogida debido a la desesperación. Es un mensaje que tiene acogida debido a la frustración de la gente de algunos países porque el gobierno no está produciendo resultados.

Uno de los desafíos que enfrentamos, una de las cosas que debemos hacer, es buscar maneras de asegurarnos de que los gobiernos que se han comprometido con la democracia, los gobiernos que se han comprometido con los mercados libres y la integración económica, puedan tener éxito. La mayoría de ellos lo logran. Aquéllos que no lo están logrando es porque sus instituciones son débiles y porque la dinámica política en el país es tan inestable que no hay posibilidad de continuidad política en el tiempo. Con respecto a esto, el sistema interamericano tiene instituciones y organizaciones que pueden ayudar a estos países.

De hecho, uno de los aspectos importantes de la Carta Democrática Interamericana es que crea medios para que los países en el hemisferio puedan expresar solidaridad y proporcionar asistencia institucional a países que estén experimentando crisis democráticas, no sólo en términos de observación electoral, sino también en términos de una variedad de otras intervenciones posibles. Apenas estamos empezando a comprender el poder y la fuerza de la Carta Democrática Interamericana en este aspecto. Podemos hacer mucho más. Podemos tratar de solucionar este problema con aun mayor creatividad.

Creo que aquí el punto central al ver este tipo de –y no quiero usar la palabra ‘batalla’,– pero al ver lo que significan estos conceptos en oposición y cómo vamos a lidiar con ellos, al final lo que debemos tomar en cuenta son los resultados. No podemos lidiar con ellos con retórica. No podemos lidiar con ellos con ataques ideológicos. Lo que debemos hacer es demostrar que tenemos la capacidad de asociar la democracia con el desarrollo y proporcionar los bienes y

servicios que muchos de los países en la región requieren para solucionar los problemas subyacentes de pobreza, desigualdad y exclusión. Creo que lo podemos lograr. De hecho, creo que hay grandes oportunidades para lograrlo.

Cuando vemos lo que países como Chile y El Salvador han sido capaces de hacer en términos de reducción de niveles de pobreza y, especialmente, de niveles de pobreza severa, hay muchos ejemplos a seguir. Hay muchas estrategias que funcionaron. También se requiere cierto grado de flexibilidad de nuestra parte para comprender que todos los países tienen una dinámica política interna que debemos respetar y lo que debemos hacer es buscar maneras de facilitar el proceso, de ayudar a que los países encuentren la solución.

En este sentido, creo que todavía hay consenso con respecto a la democracia, el libre mercado y la integración económica, y hay consenso sobre la importancia de invertir en el pueblo para que no se vuelva dependiente del estado, sino que se vuelva totalmente independiente, que tenga la capacidad de aprovechar las oportunidades económicas. Creo que Canadá y Estados Unidos pueden tener un papel importante en este aspecto.

Esto me trae de regreso a Norteamérica. Lo que hemos sido capaces de lograr con el NAFTA ha sido extraordinario en términos de un dramático crecimiento económico y un crecimiento considerable en el intercambio comercial, pero el NAFTA fue un acuerdo que una vez firmado, quedó a su propio arbitrio, quedó en manos del sector privado. En realidad fue por medio de la alianza para la seguridad y prosperidad que los gobiernos finalmente se volvieron a enfrascar en el proceso del NAFTA y finalmente empezaron a buscar maneras de mejorar el NAFTA, y al mismo tiempo incorporar otros elementos, especialmente en el aspecto de la seguridad, en reconocimiento de que después del 11 de septiembre, proteger nuestra seguridad es proteger nuestra prosperidad y proteger el bienestar de nuestras instituciones democráticas, y también en términos de constituir nuevas circunscripciones electorales para los gobiernos.

Uno de los aspectos interesantes sobre la alianza para la seguridad y prosperidad es que tiene componentes que permiten que quienes cruzan la frontera todo el tiempo –ya sean del sector privado y lleven bienes y servicios, ya sean de instituciones estatales o municipales a lo largo de la frontera, u otras personas que tienen intereses personales en la frontera, ya sean de ONG o universidades, o personas que las han estudiado a profundidad... proporcionen información al gobierno para mejorar nuestra comprensión de los puntos de fricción que todavía existen y para mejorar la uniformidad de reglamentos, no sólo con respecto a procedimientos sino al desarrollo de niveles de cooperación y colaboración que nunca antes habían existido.

Cuando la alianza para la seguridad y prosperidad fue inicialmente concebida hace varios años, era considerada sólo un apéndice del NAFTA que tomaría en cuenta los sucesos del 11 de septiembre, pero ha evolucionado con el tiempo. Debido a los desastres que experimentó Estados Unidos por el huracán Katrina, debido a los temores de la posibilidad de una pandemia de gripe aviar, nuestro entendimiento de la seguridad de Norteamérica y su relación con el intercambio comercial también ha cambiado y evolucionado.

Lo que estamos haciendo en Norteamérica es consolidar estados democráticos, integrarlos económicamente y luego proporcionarles un marco de seguridad y un nivel de cooperación y diálogo que fortalezca las instituciones económicas, fortalezca nuestra capacidad de proteger y

fomentar nuestra prosperidad e incrementar nuestra capacidad de crear oportunidades que el pueblo realmente pueda aprovechar. De esta manera, hemos tomado un modelo de integración económica que es ampliamente aceptado alrededor del hemisferio y elevado a un nivel más alto. Es un enorme desafío para el resto del hemisferio, pero debemos presionarlos para que acepten ese reto.

Creemos que a medida que mejoremos nuestra cooperación y colaboración dentro de Norteamérica estaremos efectivamente empujando a Centroamérica, Sudamérica y el Caribe para nuestro lado y haciéndoles saber que, de hecho, podemos solucionar el problema fundamental de la democracia y desarrollo en Norteamérica con México como aliado vital, que podemos encontrar maneras de solucionar problemas complejos de inmigración y crear un ambiente en el que nuestras sociedades democráticas, nuestras sociedades libres estén seguras. Esto es obviamente de importancia para nosotros, es importante para ustedes, es importante para México, es importante para otros países en la región.

Una de las razones por las que quiero decir que el continente americano importa, además del obvio interés para nosotros, es que al grado que podamos conectar el desarrollo con la democracia, demostrar que se puede tener sociedades abiertas que son fuertes, que pueden protegerse a sí mismas y a sus instituciones económicas, estamos enviando un claro mensaje a aquellas partes del mundo que apenas inician el proceso de democratización, ya sea en el Oriente Medio o en el sur o centro de Asia. Al grado en que podamos mostrar que la democracia produce resultados, será un incentivo para aquéllos que están realmente esforzándose por democratizar a sus países en el Oriente Medio y otros lugares del mundo. Si fracasamos, esto fortalecerá a aquéllos que siempre han planteado que sólo los gobiernos autoritarios pueden tomar las difíciles decisiones que se requieren para terminar con la pobreza y la desigualdad, y para crear sociedades que permiten el crecimiento.

Por esa razón considero que el continente americano es todavía el nuevo mundo. Considero que el continente americano todavía tiene la capacidad de mostrarle al resto del mundo algunas profundas e importantes lecciones de gobierno y de protección de libertades individuales, mientras opera exitosamente en una economía globalizada.

¿Qué tal si me detengo aquí? Con gusto responderé a sus preguntas o comentarios.

Gracias.